

La increíble historia del burrito agroecológico.*

Érase una vez un burrito llamado Juan, quien vivía días tranquilos con su dueña María, en Shilla, distrito de la Provincia de Carhuaz, en la sierra Ancashina del Perú. Juan apoyaba a María en sus tareas agrícolas diarias, cargando sacos de humus, compost o bocashi en la subida y luego bajando con las cosechas de papa, maíz y otros alimentos maravillosos que María solía producir. Aunque haya cultivado siempre, recién hace algunos años había decidido cambiar su forma de producir, pasando poco a poco del cultivo convencional -heredado del modelo de la “revolución verde”- hacia una producción agroecológica. Esta decisión la tomó al inicio con ciertas dudas, pero luego comprobó que la salud de sus hijos fue mejorando. Sus vecinos le preguntaban cómo había sido posible, y también los docentes de la escuela felicitaban a sus hijos por sus resultados crecientes. Entonces María se convenció que era el camino correcto: “No gano más, pero gasto menos y mis hijos están mucho mejor. ¿Qué más se puede pedir?”

Sin embargo, no era un camino fácil. María había sido elegida como promotora agroecológica de su asociación local y capacitada en el marco del proyecto Tierra Sana y Soberana. Durante el año 2016 en particular, además de la carga de trabajo en su casa y en la chacra, tenía que participar en varios módulos de formación organizados fuera de Shilla, incluso lejos de su hogar. Por eso tenía que salir de vez en cuando algunos días, dejando a sus hijos bajo el cuidado de sus familiares, y a sus animales con agua, pasto y paja, encerrados en su corral o sus jaulas.

En noviembre, María viajó tres días, tres largos días para participar en un intercambio de experiencias campesinas muy interesante, donde aprendió bastante, pero muy lejos de su hogar y de sus hijos. Regresó cansada pero tan contenta de reencontrarse con su familia. Abrazó a sus hijos, escuchándoles contar sus historias, compartiendo su viaje con ellos. Momento después, se fue a saludar a sus cuyes, sus chanchitos, su caballo y a Juan, su burrito preferido. Pero Juan no estaba, había desaparecido.

María pensó lo peor. ¿Dónde se había ido? ¿Estará vivo? ¿Qué habrá comido? ¡Oh no! ¡se habrá comido los maizales de los vecinos! Y se fue corriendo, temiendo que los vecinos se hubieran molestado y que le hayan pegado, incluso lastimado a su burrito; o que le reclamen pagarles el daño que Juan habría ocasionado en las chacras de sus vecinos. Dinero que no podría pagar. ¡Era una catástrofe! Y corrió desesperada entre cerros y chacras buscando a su querido burrito Juan.

Dos días antes, Juan se despertó con hambre y no encontró pasto fresco, porque su amigo el caballo había aplastado todo y olía más a guano que a comida. Reclamó y rebuznó hasta cansarse, sin éxito. Así que Juan recordó algunos aprendizajes que tuvo durante las visitas de intercambio de otros promotores en la casa de su dueña María, en los que -sin querer- también había participado. Levantó la palanca de la puerta de su corral y se fue corriendo a buscar comida fresca. Caminó y caminó cruzando maizales y otros cultivos tan bonitos que se paró, los miró, los olfateó y continuó su camino. No era lo que buscaba; no había tomado tantos riesgos para comer lo que hace tiempo no le gustaba. Caminó y caminó horas tras horas y por fin la encontró, era la parcelita que su dueña María había sembrado con tanto cuidado, abonado con tanto esfuerzo. El maíz resplandecía, brillaba con los rayos del sol, desprendía un olor tan agradable. Lo husmeó, lo probó con deleite, la saboreó y lo pasteó hasta la saciedad.

María estaba cansada de caminar y buscar a su burrito Juan. No lo encontraba, pero en su camino tampoco vio que los maizales de los vecinos estaban dañados. ¿Qué le había pasado a su Juan? Caminaba casi sin rumbo, había perdido la esperanza de encontrarlo. Quizá alguien lo habría lastimado o robado, pensaba angustiada María. Y como estaba cerca de su parcela de maíz, decidió revisarla antes de regresar resignada a su casa y ponerse de duelo por su pobre Juan. Su parcela estaba dañada en buena parte, como si hubiera pasado un ventarrón o huracán. María empezó a gritar de terror hasta que divisó a su Juan, tirado y retozando pansa arriba en lo que quedaba del maizal, disfrutando de la vida. María gritó más fuerte todavía, aunque esta vez, de alegría.



Los inseparables Juan y María, Shilla, 10-11-2016 (foto: Nino Ramírez).

María entendió que tenía un nuevo alumno prometedor. Ahora Juan, el burrito agroecológico, rebuznaba a todo pulmón: “¡Come fresco, come sano, come agroecológico!”

* Historia escrita por Pierre Rouschop (ADG) e inspirada de hechos reales contados por María Peña Huaraz, promotora de Shilla, durante la visita de campo realizada el 10 de noviembre del 2016. Revisión: Walter Chamocho (ADG).